Gran muestra de Linda Kohen

A toda orquesta -si fuese música-, finaliza la actividad de exposiciones de la Fundación Pablo Atchugarry, con una muestra justificada y merecida de Linda Kohen, porque su obra tiene calidades para importar en cualquier lugar de este actual mundo de las artes, convulso, maltrecho, repetitivo y muchas veces desencaminado.

En el generoso espacio que tiene la institución, en las salas laterales a la entrada, en la salita interior, hasta en el pasillo, para permitir en el gran salón un despliegue exuberante de la obra múltiple, variada y personal de la artista. La que acercándose a los noventa años, sigue dando muestras de su trabajo inconfundible y de vigorosa inventiva.

Hay que acercarse a su obra sabiendo, aceptando y compartiendo que el motivo que la anima -el tema-, importa y mucho; muy alejada de la pintura-pintura que se cultivó hasta la extenuación -en un tiempo no muy pasado-, olvidando que la gran tradición de las artes tiene al ser humano como centro. Linda Kohen recurre a la imagen de los seres y objetos más próximos, es decir; al sujeto u objeto y sus circunstancias. En esta serie, son de destacar un autorretrato con la imagen de su padre, diluyéndose (o concretando), y un sentido suavísimo retrato de su madre, donde se aúnan el amor y la maestría técnica: inolvidable.

También las puertas, concretas, oníricas y metafísicas, que cargadas de misterio, se ofrecen al espectador, como una intrigante invitación a otro allá o al presente como meta; porque la vida y la muerte sobrevuelan toda su obra; en celebración y advertencia, sin rebuscadas elucubraciones nos enfrenta a la realidad que pasa por ella y se tramuta en genérica. Así, la cama ("donde se nace, se ama y se muere") se transforma en un punto de reflexión y disfrute estético -que se conjuntan-, en apariencia simple, un punto de mira complejo (ésta es una de las magias de Linda Kohen), y si lo necesita recurre al collage, y hasta lo matérico -ella que cultiva una sabia pobreza mediante el óleo muy diluido.

Así el entorno, no ajeno y embebido de humanidad, como ocurre con el tema de su querido "Peñasco", y las arboledas, y los árboles solos, como el que llamó autorretrato: blanco, puro y convocante, como es la Linda Kohen que conocemos -si es posible, más allá de su arte.

Hace varios años, expuso en el Museo Mazzoni, luego en el Cuartel de Dragones, en muestras relativamente chicas por lo limitado de esos espacios, luego de exponer en Italia, Estados Unidos, Brasil y Argentina, ahora en el vasto ámbito de Atchugarry, tiene el espacio adecuado para desplegar su obra; desde pequeñas dimensiones, hasta grandes, pasando por un importante biombo doble que compendia la muestra de su enorme talento. Es imperdible.

Ignacio Olmedo.